

## RECORTES DEL GUADARRAMA

ALPINISMO CASTELLANO  
Y ALPINISMO VASCO

**D**IFÍCIL encargo para mí, éste de dedicar una Crónica a la vastísima cordillera que naciendo en el punto común a las provincias de Soria, Segovia y Guadalupe, va cufiéndose a la de Madrid y expira en la de Toledo. Cada excursión que realizo al Guadarrama, me descubre parajes nuevos; cada incursión que efectúo por la copiosísima y excelente literatura a esta Sierra dedicada, me muestra datos e informes ausentes hasta entonces de mi reducido caudal de conocimientos alpinos.

Incompletísimas por tanto, habrán de resultar las referencias que yo suministre sobre todo, para quien conozca algo de lo que Bernaldo de Quirós, Meliá, Prast, Kindelán, Zabala, Carandell, Delgado Ubeda, Torres Balbás y otros, a quienes no he tenido el gusto de leer, han dejado escrito acerca de *la Sierra*.

Desisto, pues, a la vista de estas consideraciones, de redactar lo que con justicia llamaría el lector mi *descubrimiento* del Guadarrama. Además, si en tal sentido orientase este trabajo, o resultaría excesivamente largo y a pesar de ello no conseguiría aportar nada nuevo, o, de otro modo, dotando a estas líneas de las proporciones adecuadas al espacio disponible, mi crónica se reduciría a una árida relación de voces toponímicas y cotas de altitudes.

Me limitaré, pues, a esbozar una impresión personal de la Sierra y de sus organizaciones, haciéndolo desde el punto de vista del montañero paseo, y contando de antemano con la benevolencia de éstos, mis compañeros de camino de innumerables ocasiones y que son, en la presente, mis indugentes lectores.

\* \* \*

Castilla es el país de las grandes llanuras y de las graades montañas. Basta cojer un mapa de la Península, para darse cuenta de que la región central de ella nos produce el efecto de la nuestra mirada con una lente de aumento. De aquí, que mientras el

País Vasco se encuentra salpicado de montes más o menos elevados y aislados unos de otros, pero circundados siempre de casas habitadas, de carreteras, de ferrocarriles etc., el alpinista madrileño no puede, en una jornada, practicar el montañismo más que en una sola sierra; muy extensa, si, de casi doble elevación que las nuestras, pero una al fin. Es la Sierra de Guadarrama.

Y hay más: Quien desee visitarla, ha de partir forzosamente por la Estación de Norte, en el tren-tranvía de Segovia y, después de cerca diez de horas de viaje, atacar la sierra por Collado Mediano, Los Molinos, o, mejor aún, por Cercedilla, donde podrá continuar su excursión en el Ferrocarril Eléctrico del Guadarrama, que en unos cuarenta minutos, lo colocará en el Puerto de Navacerrada (1.840 m.) (1), no habiendo realizado hasta este momento sino el alpinismo «de vehículo», que tanto indignó en una ocasión al decano de los cronistas de mi pueblo.

Y, sin embargo, esta concentración de la que hasta ahora no hemos señalado más que los inconvenientes, no deja de tener indiscutibles ventajas, Una de ellas es la serie de edificaciones de carácter alpino que pueblan la Sierra, prestando a los alpinistas inestimables comodidades, y cuyo sostenimiento no sería posible de no existir esta concentración de montañeros.

Prescindiendo de los numerosos albergues particulares y de los que no tienen una finalidad exclusivamente deportiva, podemos decir que pasan de una docena los refugios construidos en la Sierra por los Clubs «Alpino» y «Peñalara». Cinco de ellos se encuentran relativamente cerca de lugares poblados y tienen, por ello, un carácter análogo a los tres refugios-fondas de que disponemos en nuestro País los alpinistas vascos

Los restantes, son ya verdaderos refugios de montaña, enclavados en lugares cubiertos de nieve durante casi la mitad del año. No disponen estos refugios de personal para su servicio—lo contrario sería imposible, por diversos motivos fáciles de comprender—y se encuentran habitualmente cerrados bajo llave, la cual se entrega en Madrid a los miembros de los clubs que lo soliciten en los locales respectivos. Estos simpáticos albergues, cuyo precio de coste oscila entre las cifras de 5.000 y 10.000 pesetas, cuentan con todos los enseres necesarios para que los alpinistas puedan proporcionarse en ellos nutrición y reposo, siempre que ellos se transporten sus alimentos y se encarguen de cocinarlos.

¡A qué escenas más divertidas y a qué gratos recuerdos dá lugar la vida en estos refugios! De su admirable construcción y organización querríamos ocuparnos con detenimiento, pero haríamos interminable esta crónica. Desistamos, pues, de ello.

\* \* \*

La ya aludida superioridad de altitud del Guadarrama sobre nuestras montañas. establece como es natural, diferencias ostensibles en el alpinismo de ambas regiones. Mientras en la nuestra el apogeo de los deportes de montaña se registra en los meses de Julio y Agosto, la mayor concurrencia de alpinistas madrileños tiene lugar en Ene

---

(1) El puerto de Navacerrada, donde existen confortables hoteles públicos y chalets reservados a lo socios del "Alpino" y de "Peñalara", es el centro de los deportes de nieve y también el lugar más cómodo para iniciar las ascensiones a Siete Picos (2.383 m.) Las Guarramillas (2.262 m.), etc., etc.

ro, Febrero y Marzo, cuando una espesa capa de nieve permite practicar el deporte del *ski*, en el «salto» construido por el Club Alpino, y organizar interesantes concursos y carreras que despiertan enorme expectación en el público deportivo.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que la Sierra se vea desierta en el verano, pues son muchos los que la consideran tan solo como un «respiradero» para los días caniculares del bochornoso estío cortesano.

Así vemos como los pueblecitos serranos—todos ellos interesantes y pintorescos—van llenándose de edificios de veraneo, de *chalets* suizos, de *chateaux* franceses y hasta de *caseríos* vascos, sin que sus constructores hayan tenido para nada en cuenta el lugar donde están emplazadas estas presuntuosas edificaciones.

En oposición a ellas se encuentran esas verdaderas joyas arquitectónicas que atesora la Sierra y que se llaman monasterios de El Escorial y de El Paular, Palacios de Riofrio y de Valsain, castillos de Manzanares el Real, de Coca, de Turégano, de Cuéllar, de Pedraza .., ideales escenarios de una novela de Walter-Scott y de algunos de los cuales ha dicho el malogrado maestro Lampérez, «que parecen un símbolo de la cruz y de la espada.»

¡Qué hermosas fuentes de inspiración podían haber hallado en estas obras de arte los proyectistas de las exóticas viviendas mencionadas!

En Mayo de 1908, un vasco, don Manuel Amezá, venciendo las burlas y apatías consiguientes a todo período de iniciación, capitaneaba un grupo de veinte jóvenes, secundado por el cual logró la construcción del primer edificio deportivo de la Sierra, un chalet al que denominaron *Twenty*. Tanto éxito tuvo la obra, que poco después sobrevinía la fundación del Club Alpino, cuya presidencia ha ostentado el señor Amezá durante nueve años.

Este hecho, que tanto debe enorgullecernos, lo miramos nosotros, en cierto modo, como un precedente de la afición que los vascos circunstancialmente aquí residentes, sentimos por la Sierra, donde no son extraños los casuales encuentros entre alpinistas nacidos en las montañas de nuestro País.

Con ellas nos hemos extasiado ante las enormes moles de granito de Siete Picos, ante los umbrosos pinares de Valsain, ante las tranquilas lagunas de Peñalara... Pero con ellos, también, hemos añorado *nuestros montes*, más diminutos, menos imponentes que estos, pero con otros encantos distintos; con una delicadeza de color y una amabilidad de tonalidades no igualadas por los parajes serranos.

La toponimia de estos montes (en la que todo vestigio romano ha desaparecido y los árabes no se conservan sino en los nombres de Guadarrama y Guadalise) nos ha hecho apreciar también una diferencia brusquísima entre los vibrantes nombres euzkéricos y los dulces y hasta poéticos, netamente castellanos, que pueblan todos los lugares de la Sierra.

Inútilmente hemos buscado en ellos restos de nuestra lengua milenaria. Únicamente, y a modo de excepción, puede que existan en *Valsain* y menos probablemente en *Najarra*, como supone Bernaldo de Quirós.

Con ellos mismos, con los que han sabido ser mis compañeros en las ascensiones de nuestro País, he comentado en más de una ocasión el éxito que seguramente obtendrán en el Guadarrama los concursos de montes que tan excelentes resultados nos han dado en el País Vasco.

También nos hemos detenido en la contemplación de la exuberante folk-lórica que presenta la sierra con sus fantásticas leyendas de la peña de La Mujer Muerta, del dragón de la Laguna Grande (que devora todos los animales que en ella se atreven a bañarse, arrojando después sus entrañas a la superficie) de las peñas de la Esfinge, El Carro del Diablo etc . . .

¡A cuantas curiosas investigaciones se prestan todas ellas, así como esa toponimia parte de la cual se nos antoja destrozada por la ignorancia y el mal gusto de algunos alpinistas!

¡Quien sabe, paciente lector, si andando el tiempo, soportarás el desarrollo de este tema . . . !

EMILIO DE APRAIZ

del Club Alpino, de Madrid  
y del Comité Alavés de la F. V. N. A.

*Madrid y Noviembre de 1926*

